

CAPITULO LXX.

Por la rápida ojeada que acabamos de dar sobre los varios ramos científicos en sus relaciones con la autoridad de la Iglesia, resulta bien en claro que la pretendida esclavitud del entendimiento de los católicos es un vano espantajo; que es falso que nuestra fe impida ni entorpezca en nada el adelanto de las ciencias. Pero como sucede á menudo que los racionios al parecer mas sólidos, flaquean por alguna parte desconocida, y que cuando se los pone al lado de los hechos se descubre su vicio, será bien hacer la prueba en la cuestion que nos ocupa; pues no dudo que ganará mucho con ello la causa de la verdad. Tomaremos la cosa desde su principio.

Afirma M. Guizot que la lucha entre la Iglesia y los defensores del libre pensar, comenzó en los siglos medios. Despues de habernos recordado los esfuerzos de Juan Erigene, Roscelin y Abelardo, y la alarma que semejantes tentativas causaron á la Iglesia, nos dice: "entonces empezó la lucha entre el Clero y los que se declaraban defensores del libre pensamiento; entonces tuvo principio ese grande hecho que tanto lugar ocupa en los siglos XI y XII, que tantos efectos produjo en la Iglesia teocrática y monástica." (*Historia general de la Civilizacion europea. Leccion 6.*) Se conoce por todo el contesto de la obra de M. Guizot, que en su opinion, el cargo mas fundado que hacerse podia á la Iglesia católica, era el de cortar el vuelo al pensa-

miento, siendo este el punto en que llevaba mucha ventaja al Catolicismo el sistema protestante. Esta idea que se proponia desenvolver mas cumplidamente al tratar de propósito de la revolucion religiosa del siglo XVI, debia estar ya como en semilla en lo que hubiese asentado en sus lecciones anteriores; pues de otra manera se hubiera presentado el hecho aislado, y hubiera perdido de su importancia. Ademas, era menester tambien que la resistencia de los protestantes á la Iglesia católica no pareciese un hecho cualquiera, sino que se ofreciese como la expresion de un pensamiento grande y generoso, como la proclamacion de la libertad del espiritu humano.

Para alcanzar estos extremos era necesario que por una parte se nos mostrase la Iglesia como si hubiera salido en los siglos medios con una pretension que no habia tenido anteriormente; y que por otro lado se ensalzasen ciertos escritores que resistieron á pretensiones semejantes, y se ponderase sobre manera la vasta estension de sus miras.

Este es el hilo del discurso de M. Guizot; y aquí se encuentra la razon de los esfuerzos que hace en el lugar citado para preparar el triunfo de sus opiniones. Anduvo empero con tan poco acierto, que no parece sino que habia olvidado los hechos mas palpables de la historia de la Iglesia, y que ni sabia siquiera cuáles fueron las doctrinas de los tres campeones, cuyos nombres invoca con tanta complacencia. Para que no se diga que procédo de ligero, citaré literalmente sus palabras; hélas aquí: "Presentaba la Iglesia el mejor aspecto, y parecia ya que todo se habia convertido en provecho de su unidad; cuando se levantaron en su seno mismo algunos hombres emprendedores, que sin atacar en lo mas mínimo los dogmas y las creencias establecidas, pedian á voz en grito el derecho de hacer intervenir el exámen en materias religiosas y en asuntos de fé. Juan Erigene, Roscelin, Abelardo; hé aquí los sabios que se declararon intérpretes de la razon humana, defensores de su libre ejercicio, impugnadores acérrimos de la autoridad del hombre como justo criterio en asuntos de religion: hé aquí los que agregaron sus esfuerzos á los esfuerzos reformadores de Hildebrando y de san Bernardo. Al investigar la naturaleza y carácter de ese movimiento, no se ve que tendiese á un cambio radical en las opiniones, que encerrase una revolucion contra las creencias recibidas: nada de esto: solo se pretendia ra-

ciocinar libremente, romper hasta en cuestiones de fé las trabas de la autoridad." (*Historia general de la Civilizacion europea. Leccion 6*).

Dejemos aparte la singular estrañeza de presentar unidos los esfuerzos de Juan Erigene, Rocelin y Abelardo, con los esfuerzos reformadores de Hildebrando, ó sea san Gregorio VII, y de san Bernardo; estos trataban de reformar la Iglesia por medios legítimos, de hacer al clero mas venerable haciéndolo mas virtuoso, de conciliar mas acatamiento á la autoridad santificando las personas que la ejercian; aquellos, segun M. Guizot, combatian esa autoridad en materias de fé, es decir que trataban de derribar y por eso aplicaban la segur á la misma raiz; estos eran reformadores, aquellos devastadores; y sin embargo ¡sus esfuerzos se nos muestran unidos, como si conspiraran al mismo fin, cual si se encaminaran al mismo objeto! Pobre cosa fuera la filosofía de la historia si consentir pudiese tal confusion de ideas: menguado progreso harán en esta ciencia los que se contenten con tan estraña manera de observar los hechos.

Mas dejemos, repito tan singulares aberraciones para fijarnos particularmente en dos objetos: la importancia de los tres escritores que tanto se nos ensalzan, y la idea que se nos da de su movimiento de resistencia. Estoy seguro que los nombres de Juan Erigene y de Rocelin, se pronuncian ya con respecto por los que deseando pasar por filósofos en la historia sin haberla leído siquiera, se ven precisados á contentarse con esas lecciones fáciles, que se escuchan en breve rato, ó se estudian en una velada: les bastará que se los haya nombrado con énfasis, y apellidado *hombres emprendedores, sabios, intérpretes de la razon humana, defensores de su libre ejercicio*, para creer que las ciencias no les deben menos á Erigene y á Rocelin, que á Descartes ó Bacon.

A no recordar las observaciones arriba emitidas sobre la posicion en que se encontraba M. Guizot, no sería fácil atinar por que quiso presentar como nuevo y extraordinario, lo que era viejo y comun; como pudo decir que empezó la Iglesia á luchar con la libertad del pensamiento, por haber reprimido á Erigene, Roscelin y Abelardo; como señaló á estos tres escritores cual si su influencia hubiera sido muy trascendental; cuando no tuvieron otra que la de cualesquiera sectarios, de que tantos ejemplos se habian visto en los tiempos anteriores. Y á la verdad ¿quién

era ese Juan Erigene? un escritor que poco versado en las ciencias teológicas, y engreido con el favor que le dispensaba Carlos el Calvo, esparció unos cuantos errores sobre la Eucaristía; sobre la predestinacion y la gracia; hasta aquí no se ve otra cosa que un hombre que se aparta de la doctrina de la Iglesia; y cuando Nicolao I trata de reprimirle, vemos un papa que cumple con su deber. ¿Qué hay en todo eso de nuevo, de extraordinario? ¿Acaso en la historia de la Iglesia, ya desde el tiempo de los apóstoles, no encontramos una cadena de hechos semejantes?

Lo repito: es imposible atinar cómo pudo juzgarse oportuno el recordarnos el nombre de Erigene, cuando ni sus errores tuvieron notables consecuencias, ni la misma época en que vivió puede mirarse como muy influyente en el desarrollo del entendimiento en los tiempos sucesivos. Juan Erigene vivia en el siglo ix, el cual no pertenece al movimiento de los siguientes; pues es cosa sabida que el siglo x fué el *maximum* de la ignorancia de los siglos medios, y que solo comenzó el movimiento intelectual á fines del x y principios del xi. Entre Erigene y Roscelin median dos siglos.

Por lo que toca á Roscelin y Abelardo, es mas fácil de concebir por qué se nos citan á este propósito; pues nadie ignora el ruido que metió en el mundo Abelardo por sus doctrinas, y mas talvez por sus aventuras; y en cuanto á Roscelin, no deja tambien de llamar la atencion, no solo por sus errores, sino y principalmente por haber sido el maestro de Abelardo.

Para dar una idea del espíritu que guiaba á esos hombres, y del aprecio que debe hacerse de sus intentos, es necesario entrar en algunos pormenores sobre su vida y doctrinas. Era Roscelin uno de los hombres mas cavilosos de su tiempo, dialéctico sutil, y ardiente partidario de la secta de los nominales, sustituyó sus opiniones á la enseñanza de la Iglesia; llegando á errar gravísimamente sobre el augusto misterio de la Trinidad. La historia nos ha conservado un hecho que prueba de un modo incontestable su insigne mala fé, y su falta de probidad y de pudor. Cuando propalaba Roscelin sus errores, vivia san Anselmo, que despues fué arzobispo de Cantorberi, y que á la sazón era abad de Bec. Habia muerto algun tiempo antes Lanfranco arzobispo de la nombrada silla, con una reputacion de virtud y de buena doctrina que nada dejaba que desear. Roscelin creyó que sus erro-

res ganarian mucho concepto si podian verse autorizados con un nombre respetable; y echando mano de la mas negra calumnia afirmó que sus opiniones eran las mismas del arzobispo Lanfranco, y de Anselmo abad de Bec. No podia responderle Lanfranco porque habia muerto ya; pero el abad de Bec se defendió vigorosamente de tan injusta imputacion, vindicando al propio tiempo á Lanfranco que habia sido su maestro. Las obras de san Anselmo no nos dejan duda alguna sobre cuales eran los errores de Roscelin, pues que en ellas los encontramos formulados con toda precision. A decir verdad, tampoco se puede atinar por que M. Guizot dió tanta importancia á ese hombre, ni por que nos lo habia de señalar como uno de los principales defensores de la libertad del pensamiento, cuando no encontramos en él nada que le distinga de los demas hereges. Es un hombre que cavila, que sutiliza y que yerra; pero esto es una cosa tan trivial en la historia de la Iglesia, que ni siquiera causa la menor novedad.

Mas digno es de que llame nuestra atencion el famoso Abelardo, dado que su nombre se ha hecho tan célebre, que no hay quien no esté al corriente de sus tristes aventuras. Discípulo de Roscelin, é igualmente hábil que su maestro en la dialéctica de su siglo, dotado de grandes talentos y sediento de ostentarlos en las principales arenas literarias, llegó á granjearse mas alta reputacion que no alcanzará jamas el dialéctico de Compiègne. Sus errores en gravísimas materias acarrearón males de cuantía á la Iglesia, y no dejaron de ocasionarle á él mismo muy graves disgustos. Mas no es verdad lo que dice con respecto á él M. Guizot, de que no tanto fueron reprobadas sus doctrinas como su método: y que tanto él como su maestro Roscelin, no se proponian un cambio radical de doctrinas. Afortunadamente tenemos testimonios irrecusables que no nos dejan ninguna duda de que no fué el método lo que se culpó en Roscelin, sino su error sobre la Trinidad; así como se conservan todavía en forma de artículos los varios errores entresacados de las obras de Abelardo.

Sabemos por san Bernardo que sobre la Trinidad pensaba como Arrio, sobre la Encarnacion como Nestorio, y sobre la Gracia como Pelagio: y ya se ve que todo esto no solo tendía á un cambio radical de doctrinas, sino que ya de suyo lo era. No se me oculta que Abelardo pretendió ser falsos semejantes cargos;

pero ya sabemos lo que valen tales negativas: y lo cierto es que en la famosa asamblea de Sens provocada por el mismo Abelardo, no pudo responder palabra al santo abad de Claraval que le echó en cara sus errores, presentándole las mismas proposiciones entresacadas de sus obras, é invitándole á que ó las defendiese ó las abjurase. En tan terrible apuro se encontró Abelardo al verse cara á cara con adversario tan respetable, que por de pronto no atinó á responder otra cosa sino que apelaba á Roma. Y si bien el concilio de Sens por respeto á la Santa Sede se abstuvo de condenar la persona del novador, no dejó por eso de condenar sus errores; condenacion que fué aprobada por el sumo pontífice y extendida á la misma persona. Por los artículos que contienen los errores de Abelardo, no se ve que este escritor tuviera como idea capital la proclamacion de la libertad del pensamiento. Se conoce, sí, que se abandonaba demasiado á sus propias cavilaciones; pero no hacia mas que dogmatizar erróneamente sobre los puntos mas graves, cosa que habian hecho ya todos los herejes que le habian precedido.

M. Guizot debia saber todo esto, y no sé por que lo olvidó, ni por que quiso atribuir á dichos autores una importancia que en realidad no merecen. Buscando la razon que pudo inducir á M. Guizot á recordarnos con tanto énfasis los nombres de Roscelin y Abelardo, ocurre desde luego que se proponia buscar á los protestantes algunos predecesores ilustres: y como quiera que Roscelin y Abelardo no carecieron de talentos y de saber, y por otra parte vivieron en la misma época en que se desplegaba en Europa el movimiento intelectual, debió de parecerle muy oportuno, sacar á la escena á estos novadores, para manifestar que ya desde el principio del desarrollo del entendimiento habian levantado la voz en pro de la libertad de pensar, los hombres mas famosos. Aun cuando pudiera probarnos M. Guizot que Erigene, Roscelin y Abelardo solo se propusieron proclamar el exámen privado en materias de fé, no se seguiria de aquí que aquellos novadores no quisieran un cambio radical en las doctrinas; ya que nada puede haber mas radical en materias de fé que lo que ataca la raiz de la certeza, que es la autoridad. No se inferiria tampoco que la Iglesia condenando sus errores se hubiese alarmado por un *simple método*; pues si este método habia de consistir en sustraer el entendimiento al yugo de la autoridad aun en ma-

terias de fé, era ya de sí un error gravísimo, combatido en todos tiempos por la Iglesia católica, que jamás ha consentido ni tolerado que se pusiese en duda su autoridad en cuestiones dogmáticas.

Sin embargo, si los citados novadores se hubiesen presentado combatiendo principalmente la autoridad en materias de fé, hubiera tenido razón M. Guizot en hacernos notar sus nombres como que indicaban una nueva época; pero ¡cosa singular! no se halla que formularan principalmente sus proposiciones en favor de la independencia del pensamiento y contra la autoridad en materias de fé, no se halla que la Iglesia los condenara solo por tal motivo, pero sí por otros errores: ¿dónde están pues la exactitud, ni la verdad histórica en que parece debía de estribar un hombre como M. Guizot? ¿Cómo se permitía esa libertad de introducir sus pensamientos en lugar de los hechos, dirigiéndose como se dirigía á un auditorio numeroso? Bien conocía M. Guizot que estas son materias que todo el mundo trata, y que pocos profundizan; y que para excitar simpatías en los hombres superficiales, bastaba hablarles pomposamente de la libertad del pensamiento, pronunciar nombres que muchos oirían sin duda por la primera vez, como Erigene y Roscelin, y sobre todo mentar el apellido del infortunado amante de Heloisa.

Como á M. Guizot no podía ocultársele que flanqueaban un tanto las observaciones que iba emitiendo sobre aquella época, trató de remediarlo insertándonos un trozo de la *Introducción á la Teología* de Abelardo; texto que á mi juicio está muy lejos de probar lo que se propone el publicista. Se nos quiere persuadir que empezaba ya á reinar entonces un fuerte espíritu de resistencia á la autoridad de la Iglesia en materias de fé, y que el entendimiento del hombre estaba ya impaciente por romper las trabas con que se le tenía encadenado. Según M. Guizot, parece que á ruego de sus propios discípulos se arrojó Abelardo á sacudir el yugo de la autoridad; y que los escritos del novador fueron ya en cierto modo la expresión de una necesidad que se hacía sentir con mucha fuerza, de un pensamiento que se agitaba de antemano en muchas cabezas. Hé aquí las palabras á que me refiero: "Al investigar, dice M. Guizot, la naturaleza y carácter de ese movimiento, no se ve que tendiese á un cambio radical en las opiniones, que encerrase una revolución contra las creencias

recibidas; nada de esto; solo se pretendía raciocinar libremente, romper hasta en cuestiones de fé las trabas de la autoridad." Ya hemos visto cuán ajeno está de toda verdad lo que asienta aquí el escritor; y que aun cuando se hubiese atacado solamente el principio de autoridad, esto ya encerraba un cambio radical en las opiniones, una revolución contra las creencias recibidas; pues que la infalibilidad de la Iglesia era un dogma en sí, y además era la base de todas las creencias. Harto me parece que lo ha demostrado la experiencia desde la aparición del Protestantismo en el primer tercio del siglo xvi. Pero dejemos proseguir á M. Guizot: "Dícenos el mismo Abelardo en su *Introducción á la Teología*, que sus discípulos le pedían argumentos propios para satisfacer la razón; que les enseñase no á repetir sus explicaciones, sino á comprenderlas; porque nadie sabría creer sin haber antes comprendido, y hasta ridículo sería enseñar cosas que no habían de comprender ni el profesor ni los discípulos.... ¿Cuál puede ser el objeto de una sana filosofía sino conducirnos al más perfecto conocimiento de Dios, donde deben ir á parar todas nuestras meditaciones, todos nuestros estudios? ¿Con qué miras se permite á los fieles la lectura de las cosas del siglo, y hasta de los libros de los gentiles, sino para disponer su inteligencia á alcanzar las verdades de la Santa Escritura, para adiestrar su discurso en defenderlas....? Es por lo mismo indispensable emplear todas las fuerzas de la razón, á fin de impedir que en cuestiones tan difíciles y complicadas como las que se ofrecen á cada paso en el estudio de las doctrinas del Evangelio, no alteren jamás la pureza de nuestra fé las sutilezas de sus enemigos."

No puede negarse que á la época en que figuraba Abelardo se había despertado una viva curiosidad, que excitaba al espíritu á emplear sus fuerzas para darse razón de las cosas que creía; pero no es verdad que la Iglesia se opusiera á ese movimiento considerado como un método científico, en cuanto no saliese de los límites legítimos, extendiéndose á combatir ó socavar los dogmas de fé. No cabe presentar la Iglesia de un modo más desfavorable del que lo hace M. Guizot en este lugar: no cabe un olvido, mejor diré, una alteración más completa de los hechos. "A pesar, dice, de hallarse ocupada la Iglesia en su reforma interior, no dejó por esto de sentir y comprender la trascendencia de aquel movimiento; alarmóse vivamente de los ulteriores resul-

tados que pudiera dar de sí, y declaró inmediatamente la guerra á los innovadores, tanto mas temibles, cuanto eran sus métodos y no sus doctrinas las que amenazaban el golpe." Hé aquí á la Iglesia conspirando contra el desarrollo del pensamiento, y sufocando con mano fuerte las tentativas que hacia para dar sus primeros pasos en el camino de las ciencias; héla aquí prescindiendo de las doctrinas y combatiendo los métodos; y todo esto introducido como una novedad; pues segun M. Guizot, "entonces empezó la lucha entre el Clero y los que se declaraban defensores del libre pensamiento, entonces tuvo principio ese grande hecho que tanto lugar ocupa en los siglos undécimo y duodécimo, que tantos efectos produjo en la Iglesia teocrática y monástica. Las quejas de Abelardo y hasta cierto punto las de san Bernardo, los concilios de Soissons y Sens que condenaron al primero, son una verdadera expresion de aquel hecho, que por un oculto eslabonamiento de resultados se ha perpetuado hasta los tiempos mas modernos." Siempre la misma confusion de ideas. Ya lo he dicho, y es preciso repetirlo; la Iglesia no ha condenado ningun método, lo que ha condenado son errores; á no ser que se entienda el método que tanto agrada á M. Guizot, de "romper hasta en cuestiones de fé las trabas de la autoridad;" lo que no es un simple método, sino un error de alta trascendencia. Al reprobar una doctrina perniciosa, subversiva de toda fé, cual es la que niega la infalibilidad de la Iglesia en puntos de dogma, no tuvo esta ninguna pretension nueva; su conducta fué la misma que habia tenido desde el tiempo de los apóstoles y que ha observado despues. En propalándose alguna doctrina que ofrezca peligro, la examina, la coteja con el sagrado depósito de verdad que le está confiado: si la doctrina no repugna á la verdad divina, la deja correr á sus anchuras, porque no ignora que *Dios ha entregado el mundo á las disputas de los hombres*; pero si se opone á la fé, es condenada irremisiblemente sin consideracion ni condescendencia. Que si lo contrario hiciera, se negaria á sí misma, dejaria de ser quien es, no seria la celosa depositaria de la verdad divina. Si consintiese que se pusiera en duda su autoridad infalible, desde aquel momento se olvidaria de una de sus obligaciones mas sagradas, y no tendria derecho á que se la creyese; pues que manifestando que le es indiferente la verdad, mostraria bien á las claras que no es una

religion bajada del cielo, y por consiguiente entraria en la esfera de las ilusiones humanas.

Cabalmente á la época á que se refiere M. Guizot, hay un hecho que indica que la Iglesia dejaba campo libre donde pudiera espaciarse el pensamiento. Sabido es de cuanta reputacion disfrutó san Anselmo todo el tiempo de su vida, y en cuánta estima fué tenido por los pontífices de su tiempo; y sin embargo san Anselmo pensaba con la mayor libertad, y en el prólogo de su *Monologio* nos dice que algunos le suplicaban que los enseñase á explicar las cosas por la sola razon, y prescindiendo de la Sagrada Escritura. No teme el santo condescender á sus súplicas, y se propone contentarlos escribiendo á este propósito el citado opúsculo, y no deja de adoptar en otras partes el mismo método. Como ahora pocos se cuidan de escritores antiguos, quizás no serán muchos los que hayan leído alguna vez las obras de este santo; y no obstante se encuentra en ellas una claridad de ideas, una solidez de razones, y sobre todo un juicio tan sobrio y templado, que apenas parece posible que desde el principio del movimiento intelectual se elevase tan alto el pensamiento. Allí se ve la mayor libertad de pensar unida con el respeto debido á la autoridad de la Iglesia; y que lejos de que ese respeto debilitase en nada el vigor del pensamiento, solo servia para alumbrarle y robustecerle. Allí se ve que no era solo Abelardo quien enseñaba no á *repetir sus lecciones* sino á *comprenderlas*; pues que algunos años antes estaba haciendo esto mismo san Anselmo, con una claridad y solidez muy superiores á lo que podia esperarse de su tiempo. Se ve tambien, que se trataba en la Iglesia católica de servirse de la razon hasta donde fuera posible; sabiendo empero respetar los lindes que le señala su propia debilidad, é inclinándose respetuosamente ante el sagrado velo que encubre augustos misterios.

En las obras de este sábio escritor se verá que no era Abelardo quien habia de enseñar al mundo que "el objeto de una sana filosofía es conducirnos al mas perfecto conocimiento de Dios.... y que es indispensable emplear todas las fuerzas de la razon á fin de impedir que en cuestiones tan difíciles y complicadas como las que se ofrecen á cada paso en el estudio de las doctrinas del Evangelio, no alteren jamas la pureza de nuestra fé las sutilezas de sus enemigos." Pero en la profunda sumision que

muestra el santo á la autoridad de la Iglesia, en la cándida entereza con que reconoce los límites del entendimiento humano, échase de ver que estaba en la persuacion de que *no es imposible creer antes de comprender*; pues que no es lo mismo estar cierto de la existencia de una cosa que conocer claramente su naturaleza.

CAPITULO LXXI.

YSA que nos hemos trasladado á los siglos XI y XII, para examinar cuál habia sido en ellos la conducta de la Iglesia con respecto á los novadores, detengámonos algunos instantes en la misma época, como en un excelente punto de vista, para observar desde allí la marcha del espíritu humano.

Se ha dicho que el desarrollo del entendimiento habia sido en Europa enteramente teológico; esto es verdad, y verdad necesaria. La razon es muy sencilla: todas las facultades del hombre se desenvuelven conforme á las circunstancias que le rodean: y así como su salud, su temperamento, sus fuerzas y hasta su color y estatura, dependen del clima, de los alimentos, del tenor de vida, y otras circunstancias que le afectan; así tambien las facultades intelectuales y morales llevan el sello de los principios que preponderan en la familia y sociedad de que forma parte. En Europa el elemento predominante era la religion; se la oye, se la ve, se la encuentra en todos los objetos; sin ella no se descubre en ningun punto un principio de accion y de vida; y así era preciso que todas las facultades del europeo se desenvolviesen en un sentido religioso. Si bien se observa, no era solo el

entendimiento el que presentaba ese carácter; era tambien el corazón, hasta las pasiones, todo el hombre moral; de suerte que así como no se puede dar un paso en ninguna direccion de Europa sin tropezar con algun monumento religioso, tampoco se puede examinar ninguna facultad del europeo sin encontrar la huella de la religion.

Lo que sucedia en el individuo, se verificaba tambien en la familia y en la sociedad: la religion era igualmente dueña de estas que de aquel. Un fenómeno semejante encontramos en todas partes donde el hombre haya caminado hácia un estado mas perfecto; pudiendo asegurarse como un hecho constante en la historia del linaje humano, que jamas ninguna sociedad adelantó por el camino de la civilizacion, á no ser bajo la direccion é impulso de los principios religiosos. Verdaderos ó falsos, razonables ó absurdos, se los encuentra en todas partes donde el hombre se perfecciona; y bien que sean dignos de lástima algunos pueblos, por las monstruosidades supersticiosas en que se precipitaron, todavía se debe confesar que bajo aquella supersticion se ocultaban gérmenes de bien, que no dejaban de proporcionar considerables ventajas. Los egipcios, los fenicios, los griegos, los romanos, todos eran muy supersticiosos; y sin embargo hicieron tantos adelantos en la civilizacion y cultura, que nos asombran aun con sus monumentos y recuerdos. Fácil es reirse de una práctica extravagante ó de un dogma descabellado; pero no debe nunca olvidarse que hay una porcion de principios morales que solo medran ó se conservan, estando bajo la sombra de las creencias; principios indispensables para que el individuo no se convierta en un monstruo, y no se quebranten todos los lazos de la sociedad y de la familia. Se ha hablado mucho contra la inmoralidad tolerada, consentida, y á veces predicada por algunas religiones; por cierto que nada hay tan lamentable como que sirva para estraviar al hombre aquello que debiera ser su principal guia; pero si miramos al través de aquellas sombras, que tanto nos chocan á primera vista, no dejaremos de descubrir algunas ráfagas de luz, que nos haran mirar á las falsas religiones, no con indulgencia, pero sí con menos horror que á los sistemas impíos, que no reconocen otro ser que la materia, ni otro Dios que el placer.

La sola conservacion de la idea del bien y del mal moral, idea